

NOVENO SERMON.

Nuestros deberes con Jesucristo Sacramentado.

*¿Quid retribuam Domino, pro
omnibus que retribuit mihi?*

(Psalm. CXV, 2.)

LLEGAMOS, Señores, al término de estos santos ejercicios, consagrados á la adoracion del Santísimo Sacramento; y en este dia debo concluir mis discursos sobre este admirable misterio. Naturalmente debo resumir mi doctrina para deducir una consecuencia práctica. Jesucristo, restaurador de todas las cosas en el cielo y en la tierra, permanece perpétuamente en esta bajo las especies sacramentales para consumir su obra, que es de ayer, de hoy y de todos los siglos. Esta restauracion realiza por la fe, que acerca el hombre á Dios mediante su presencia real en el augusto Sacramento, misterio que exige la fe: la fecundiza por la esperanza y el sacrificio en que se funda, perpetuado en la Eucaristía, que es la prenda de la gloria inspirando el sacrificio; por la caridad, que une y estrecha á Dios y al hombre para que reciba este la verdadera felicidad, realizando esta union en la Sagrada Comunion, que da al hombre la vida de Dios; por la humildad, que ordenando al hombre, le ele-

va á la verdadera grandeza, de la cual le da ejemplo en la Sagrada Eucaristía; por la caridad fraterna, en fin, que uniendo á los hombres, armoniza la sociedad, y enseña la donacion y el sacrificio, para llevar el remedio á todas las miserias, produciendo la felicidad posible en este mundo. Hé ahí la obra de Jesucristo, que he procurado haceros comprender. ¿Lo he logrado? Quiera Dios que sí, y que la conviccion produzca sus frutos de salud y de vida en cuantos os habeis dignado escucharme.

Bien sabeis, Dios mio, que no he deseado ni me he propuesto otra cosa en mi predicacion: someteros el entendimiento y el corazon de todos mis hermanos, para que creyendo os amen, amándoos os busquen, buscándoos os introduzcan en su corazon, y unidos á vos vivan de vuestra vida, sean una misma cosa con vos. ¿Cuál ha de ser pues, hermanos mios, la conclusion de todo para lograr este resultado? Conocer lo que debemos á Jesucristo en la sagrada Eucaristía, para cumplirlo; compararlo con lo que le damos, para reformar lo que no hallemos digno de Jesus. Hé aquí la idea que hoy me propongo examinar y desenvolver. ¿Qué debemos á Jesucristo Sacramentado? ¿Qué hemos dado hasta ahora, qué queremos dar en adelante á Jesus Sacramentado?

PRIMERA PARTE.

¿Qué debemos á Jesus Sacramentado? La contestacion á esta pregunta la teneis en las ideas emitidas en todos los discursos anteriores, especialmente en los primeros. El Sacramento del Altar es la perpetuacion del

Misterio de la Encarnacion, y por consiguiente el cumplimiento de lo que Jesucristo dijo á los Apóstoles: *Hé aquí que estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos* (1). Es la renovacion constante del Sacrificio del Calvario y del llamamiento que Jesus hace á los hombres. *El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sigame* (2). Es, en fin, la continuacion de la última cena del Salvador con sus Apóstoles, testamento de su amor y alianza nueva, en que llevando al último término su caridad divina, dice á todos lo que dijo á aquellos: *Tomad y comed; este es mi cuerpo* (3). Jesucristo, pues, Dios presente, Dios sacrificado, Dios dado al hombre: lo primero, alimentando la fe, pide la adoracion; lo segundo, afianzando la esperanza, pide la imitacion; lo tercero, excitando el amor, pide la union y la consagracion. Hé aquí nuestros deberes: examinémoslos.

Toda la religion se encierra en una sola idea: Emmanuel, Dios con nosotros, Dios cerca del hombre, union de Dios y del hombre; así como la irreligion y la impiedad, cualquiera que sea el nombre que se le dé, se comprende en esta otra: Dios fuera del hombre, el hombre lejos de Dios, el hombre sin Dios. Siendo la Religion la gran pasion de la humanidad, de la cual ningun pueblo ha sabido prescindir, viviendo en completo ateismo, no puede satisfacerse esta pasion sin la aproximacion, la presencia y la posesion de su objeto, para hacer sensible la manifestacion de los sentimientos que inspira. Esta necesidad, vivamente sentida, y más y más excitada, cuanto más lejos se halla el hombre de su verdadero Dios,

(1) Math. XXVIII, 20.

(2) Luc. IX, 23.

(3) Matth. XXVI, 26.

produce esa idolatría de las pasiones, que le hace tener tantos dioses cuantos son los objetos que ama, como produjo en otro tiempo la idolatría de las naciones, que ansiosas de Dios, y de Dios que viviera cerca del hombre, multiplicaron los dioses y llenaron de ellos las casas, las calles, las ciudades, los campos y los bosques, para que presidiesen á todas sus acciones, á todos los usos de la vida. De aquí el celo por poner la paternidad, la familia, el estado, el comercio, los tribunales, los ejércitos, la paz y la guerra, todo, en fin, bajo la tutela de un Dios, para recibir su proteccion, para tenerle siempre presente, y rendirle mil y mil veces el homenaje del corazon. Y hé aquí por qué Moisés celebraba las prerogativas del pueblo hebreo, diciendo: No hay otra nacion tan grande que tenga sus dioses tan cerca como nosotros tenemos á nuestro Dios (1). Sobre el pueblo hebreo está el pueblo cristiano, sobre la Sinagoga está la Iglesia Católica, que posee en ese divino Sacramento, no un símbolo de Dios, no el oráculo donde el Señor hablaba á Moisés, sino al mismo Dios, que para satisfacer la pasion que él mismo inspiró al hombre, se hizo hombre; y para alimentarla constantemente permanece oculto, pero realmente en la Sagrada Eucaristía.

Esa aproximacion tiene por objeto facilitar á la criatura sus relaciones con Dios, y el cumplimiento de los deberes que la misma naturaleza le impone, y que la religion ratifica y perfecciona. La primera de esas relaciones, el primero de esos deberes, es el amor; y el amor enjendra la veneracion, la gratitud, el reconocimiento de que todo lo hemos recibido de su mano bondadosa; y por lo mismo la adoracion interior y exterior con que

(1) Deuter. IV, 7.

nos humillamos en su presencia, rindiéndole el debido homenaje (1). Esto exige de nosotros la Sagrada Eucaristía. ¿Creemos que en ella está presente realmente Jesucristo, Dios y hombre, Salvador del mundo? Debemos amarle, debemos adorarle. Ante él, dice San Pablo, y al solo eco de su nombre, quiere el Padre que se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno (2). Recordad la palabra de Dios: *Et adorent eum omnes angeli eius*: adórenle todos sus Angeles (3). Esta orden recibieron cuando se les reveló el gran Misterio de la Encarnación. Los que á ella resistieron, desterrados del cielo, cayeron en el abismo para siempre, donde á pesar suyo se ven obligados á adorarle, temblando en su presencia por la fe de sus grandezas, que les llena de terror y espanto (4). Esta orden recibieron cuando nació Jesucristo, y cuando renació resucitando: esta orden, en fin, dice el Apóstol, recibirán cuando aparezca glorioso en el juicio; y todos, buenos y malos, por amor ó por fuerza, la cumplirán (5). Si los Angeles le adoran, ¿cuánto más debemos hacerlo nosotros?

Descorred con San Juan el velo del cielo, y contemplad la sublime vision que nos describe en el Apocalipsis. «Vi abierto el cielo, y en trono brillante de gloria al Anciano de días; y habia al rededor del trono un iris de color de esmeralda, y junto al Trono veinticuatro sillas, y sentados en ellas veinticuatro ancianos vestidos de ro-

(1) Balmes: Filosofía elemental, Ética, cap. 14.

(2) Philip. II, 10.

(3) Psalm. XCVI, 8; Hebr. I, 6.

(4) Jacob. II, 19.

(5) Hebr. I, 6. Tunc (in secundo ejus adventu) Dei jussu, publice et toto orbe spectante, Christum adorabunt omnes angeli, boni quidem gaudentes ac venerabundi, mali vero dolentes et inviti. (Piconio in hunc loc.: vide à Lapide.)

pas blancas, y en sus cabezas coronas de oro; y delante del Trono siete lámparas ardiendo, que son los siete espíritus de Dios, y al rededor y á los piés del Trono cuatro animales misteriosos; y mirando vi en medio del Trono y de los cuatro animales, y en medio de los ancianos, un cordero en pié así como muerto, y oí la voz de muchos Angeles que decian en alta voz: Digno es el Cordero que fué muerto, de recibir virtud, y divinidad, y sabiduría, y fortaleza, y honra, y gloria, y bendición. Y á toda criatura que hay en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, y á las que hay en el mar y cuantos allí hay, oí decir á todas: Al que está sentado en el Trono, y al Cordero, bendición, y honra, y gloria, y poder en los siglos de los siglos; y los cuatro animales decian: Amen; y los veinticuatro ancianos cayeron sobre sus rostros, y adoraron al que vive en los siglos de los siglos (1).»

Tal es la adoracion eterna que en el cielo rinde á Jesucristo la Iglesia triunfante, poseedora de su cuerpo glorioso; tal es la que, unida á ella, le rinde en la tierra la Iglesia militante, poseedora de su cuerpo Sacramentado; tal es la que debe rendirle cada miembro de esta Iglesia. Esta adoracion á Jesucristo Sacramentado es una consecuencia inmediata de la fe, de la esperanza y del amor. Cuantos durante su vida mortal le reconocieron Hijo de Dios, le adoraron; cuantos, movidos de la fe, esperaron de él el perdon ó la salud, le adoraron; cuantos le amaron y quisieron testificarle su gratitud, le adoraron tambien. Ved á los pastores en la rústica cueva de Belén (2), y tras ellos á los Magos, postrados ante aquel Niño pobre, á quien los Angeles y las estrellas les hicie-

(1) Apoc. IV, 5.

(2) Luc. II, 17.

ron encontrar (1). Ved á la Cananea que corre en seguimiento suyo, llamándole Señor como á Dios, é Hijo de David como á hombre; y postrándose á sus piés le adora, esperando la salud de su hija (2). Ved al ciego de nacimiento, que apenas alcanzada la vista, le ve y oye su palabra, exclama: Creo, Señor, y cayendo á sus piés le adora (3). Ved á la Magdalena, que le adora esperando el perdón; y más tarde, perdonada ya y llena de amor, se postra á sus piés, y permanece allí estática oyendo su palabra (4). No es posible creer en Jesucristo sin adorarle: no es posible adorarle de corazón sin creer en él. La adoración es la protesta de la fe, es el testimonio de la esperanza, es la expansión del amor. Por ello la adoración del Santísimo Sacramento ha sido en todo tiempo la delicia de la Iglesia, y la ocupación más amada de los verdaderos fieles. La presencia del amado es la felicidad del amante. Los mayores Santos han sido los más enamorados de Jesús Sacramentado, y los que más constantemente se han prosternado á sus piés para rendirle el homenaje de su fe y de su amor, y recibir la abundancia de sus dones y de sus dulzuras.

¿Cómo cumple la mayor parte de los cristianos este deber con Jesucristo Sacramentado? ¿Acuden al templo para tributarle el homenaje de la adoración y el testimonio de su gratitud, y presentarle la súplica de la esperanza? ¡Ah, Señores! ¡Para cuántos Jesucristo no existe! ¿Cuántos pasan mil y mil veces por las puertas del templo donde reside la Majestad del Dios de la Eucaristía, y ni una vez entran en él, ni una vez piensan siquiera en

(1) Matth. II, 11.

(2) Id. XV, 25.

(3) Joann. IX, 38.

(4) Luc. X, 39.

Jesucristo Sacramentado! Se emprenden costosos y arriesgados viajes por visitar un monumento de la soberbia humana, por descubrir y contemplar las ruinas de un templo de ídolos, por tener una memoria de los vanos dioses que adoraba la ciega gentilidad, y cuyo culto degradó al género humano; y teniendo al lado de nuestra casa al Dios verdadero, que destruyó el imperio de aquellos ídolos y abatió aquellos templos regenerando al mundo, pocos le visitan, y más pocos aún le adoran. Dios se humilla hasta el nivel del hombre para que se acerque á él; se hace su amigo, que le sale al encuentro á cada paso; y el cristiano ni siquiera se acuerda de su Dios, tan bueno y tan amante. ¡Qué olvido! ¡Qué ceguera!

Notad la conducta ordinaria de muchos en el templo: fijaos en su actitud, observad su gesto, y vereis pintado el fastidio en su semblante, la divagación del pensamiento en su mirada, y expresada en todo su cuerpo la indiferencia, el menosprecio. ¿Para qué vienen? ¿Acaso á visitar á Jesucristo, á adorarle, á pedirle gracia? Nada de eso; para ellos Jesucristo es nada: ni un momento se ocupan de él. Se avergüenzan de doblar ante él la rodilla; hacen alarde de sobreponerse á toda idea religiosa; hacen ostentación de no creer en el acto mismo de estar en el teatro de la fe. Su mirada no es para Jesucristo; es para el ídolo de un amor, tal vez criminal en sí mismo, y siempre criminal en el templo. Su palabra no es el eco del corazón que ama y ora á Jesucristo; es la palabra de la pasión mundana, ó la expresión de la frivolidad ó de la sátira, ó un pasatiempo que alijere el fastidio del alma, que nada siente. Todo menos la oración; todo menos la adoración; todo menos Jesucristo. ¡Y esos hombres se llaman cristianos! ¡Cristianos sin oración; cristianos sin fe; cristianos sin Jesucristo;

cristianos sin Dios! Dios mio, Dios mio, ¡hasta dónde llega la ceguera y la dureza del hombre! Vos le llamáis, y no responde; le buscáis, y huye; os acercáis á él, y se aparta (1). Dios mio, Dios mio, ¿por qué os habeis humillado tanto? Si con más gloria apareciérais, no estaríais dias enteros en el Tabernáculo sin que nadie se acerque á vos para deciros siquiera: «Creo en vos, y os amo; bendecidme, buen Dios.» Es verdad; pero vos queréis que se os visite por amor, no por temor; que se os adore por la fe, no por la sola esperanza de vuestra gloria; porque solo así será meritoria para el hombre esta visita y esta adoracion. ¡Oh cuánto amais, Señor! Vuestra paciencia lo prueba. Un dia y otro dia pasan sin que nadie os visite en muchos templos, y sin embargo, no os vais, y permanecéis solitario, esperando que un hombre se acuerde de vos y venga á adoraros, para que cuando llegue no se encuentre sin vos. ¡Ah! Si nosotros amásemos de veras á Jesus, ¿quién nos apartaría de sus altares? ¡Con cuánto ardor repetiríamos las palabras de David: «Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de las virtudes; mi alma codicia y desfallece por los átrios del Señor; he escogido estar abatido en la casa de mi Dios, antes que habitar en los tabernáculos de los pecadores; porque es mejor un dia en tus átrios que mil lejos de ti!» (2) Pero al ver que sucede todo lo contrario, es preciso decir que ha llegado la época anunciada por Jesucristo, de buscarse la fe en la tierra y no encontrarla (3): la incredulidad y la indiferencia con la sensualidad han helado los corazones, y la mayor parte de los

(1) Prov. I, 24.

(2) Psalm. LXXXIII, 2, 3.

(3) Luc. XVIII, 8.

cristianos vive sin fe, sin amor, sin Dios. Triunfad de ellos, Jesus mio; iluminadlos, atraedlos, inflamadlos: sed vos su Dios; sean ellos vuestro pueblo (1), y pongan en vos toda su esperanza, adorándoos y uniéndose á vuestro sacrificio, para no ser eternamente confundidos.

Esta esperanza nos descubre el segundo deber del cristiano hácia la Sagrada Eucaristía: el de la imitacion. En su vida eucarística como en su vida mortal, Jesucristo es el Redentor del mundo; y la redencion perfecta comprende dos partes: primera, librar al hombre del imperio del mal, reconciliándolo con Dios; segunda, dirigirle por el camino del bien, acercándolo á Dios. Lo primero hace Jesucristo, víctima por el hombre; lo segundo hace el Hijo de Dios, modelo del hombre; y ambas cosas perpetúa en ese Sacramento. Todos los dias pecamos, todos los dias necesitamos de la redencion; y como esta no se logra sino por el sacrificio, Jesucristo perpetúa su oblacion misteriosamente en manos del Sacerdote, sobre el Calvario del santo altar (2). Pero así como en los antiguos sacrificios, el que presentaba por su pecado una víctima á Dios por ministerio del Sacerdote, presenciaba su oblacion y á ella se unia en su corazon, significándolo con la accion de poner sus manos sobre la cabeza del animal que se inmolaba (3), pues descargando en la ofrenda su deuda exterior de expiacion, no po-

(1) Jerem. XXXI, 33; Oseæ, II, 24.

(2) Quia corpus assumptum ablaturus erat ex oculis, necessarium erat ut nobis Sacramentum Corporis et Sanguinis sui consecraret, ut coleretur jugiter per mysterium, quod semel offerebatur in pretium: ut quia quotidiana et indefessa currebat pro hominum salute redemptio, perpetua esset etiam redemptionis oblatio, et perennis illa victima viveret in memoria, et semper esset præsens in gratia. (S. Hil. Arelat., Hom. 5 de Pascha.)

(3) Levitic. IV, 15, 24, 29.

dia eximirse de la interior de contricion; así en el sacrificio real de Jesucristo, el pecador, al presentar su víctima al Eterno Padre, debe unirse á ella, debe participar de su sacrificio con corazón contrito y humillado para disponerse á la misericordia, diciendo como San Pablo: «Cumpló en mi cuerpo lo que falta á la pasión de Jesucristo (1).» Hé aquí por qué la santa Iglesia nos manda asistir al sacrificio augusto de la Misa, en el cual ofrecemos á Dios esa Víctima divina en testimonio de adoración y de gratitud, en prenda de expiación y de propiciación: y hé aquí el espíritu con que debemos asistir á este acto, el más sublime y esencial de la religión. Sin sacrificio no hay religión; y sin participación del sacrificio, sin unión del corazón del hombre, que en rigor debiera sacrificarse al Corazón de Jesucristo que, ocupando su lugar, se sacrifica, no se apropia el hombre aquella oblación, no cumple con el deber de ofrecer á Dios la víctima divina.

Cristo, inmolado por nosotros, exige que nos inmolemos con él: Cristo, modelo nuestro, exige que le imitemos, y esta imitación consiste en que pensemos como él y obremos como él (2). Para ello es necesario conocerle: el medio es la oración y la meditación. La oración, elevación del alma á Dios para atraer su luz, sin la cual el hombre divaga errante entre las tinieblas de la carne; la oración, deseo del corazón y suspiro del alma, que anhela á Dios; la oración, aldaba de oro con que el hom-

(1) Coloss. I, 24. Cum itaque, dicit Apostolus, adimpleo quæ desunt Christi passionibus, cave ne intelligas quod desit aliquid ex parte Christi, seu quod passio Christi non sit sufficiens ad redemptionem: hoc enim hæreticum est, ait D. Thomas. Sed intellige quod desit aliquid ex parte Pauli. (Piconio in hunc loc.)

(2) Rom. VIII, 9. Philip. II, 4.

bre llama al corazón de Dios, seguro de que se le responderá y se le concederá la gracia, sin la cual nada puede (1): y la meditación, que es la conversación de la tierra con el cielo, el comercio del hombre con Dios, que comunicándole secretos que la naturaleza no comprende, le da fuerzas que la carne no tiene. ¡Feliz el hombre que ora y medita! Él alcanzará ese conocimiento de Jesucristo, que es la vida eterna (2); y conociéndole, pensará como él, y sentirá como él; porque á fuerza de pasar sobre su alma sus verdades y sus misterios acabarán por fijarse en ella, por penetrar en su sustancia; serán su vida y vivirá de la fe, como el justo (3), vivirá del espíritu de Jesucristo (4). En la Sagrada Eucaristía, Jesucristo es un Dios escondido, como dijo Isaías (5); y lo es, para que el hombre no le descubra con los ojos del cuerpo sino con los del alma; y se vea precisado, para conocerle, á elevarse sobre la tierra por la fe, á penetrar en el misterio por la oración (6). Lo es para desprender al hombre de lo visible, y atraerle al mundo invisible de la gracia, donde aparecen las cosas en su verdad, al resplandor de la luz divina que sobre ellas se refleja.

Pero no basta tampoco conocer á Jesucristo para pensar como él. Es preciso, dice San Pablo, que su vida se

(1) Joann. XV, 5; II Corinth. III, 5.

(2) Joann. XVII, 3.

(3) Gal. III, 11.

(4) Rom. VIII, 14.

(5) Isai. XLV, 15.

(6) Quod Redemptoris nostri conspicuum fuit in Sacramenta transivit: et ut fides excellentior esset ac firmior, visioni doctrina successit, cujus auctoritatem supernis illuminata radiis, credentium corda sequerentur. (S. Leo, Serm. 2 de Ascens.)